

Debemos reinos de los ingleses, que á este su segundo poeta (pues tras Shakespeare ganó Byron la palma) le han juzgado tan lastimosa y tenderilmente porque se burlaba de su pedanteria y de sus costumbres á lo Krähwinkel (1); porque no pudo participar de su helada fe, porque le disgustaba su sobriedad, y se quejaba de su orgullo y de su hipocresía. Muchos hacen aún la cruz así que se le nombra, y hasta las mujeres, aunque colora el entusiasmo sus mejillas, cuando lo leen, toman en público el partido de hacer la más violenta oposición al que en secreto aman.....

*Cartas de un difunto. Fragmentos de un diario inglés. Munich, 1830.*

(1) Población alemana, blanco de todas las burlas de los poetas cómicos, que le atribuyen las autoridades más pedantescas y chapadas á la antigua, y las ocurrencias más ridículas.

## CAPÍTULO I.

---

La Naturaleza que le rodea influye en el hombre, ¿por qué no ha de influir también el hombre sobre la Naturaleza que le rodea? En Italia es tan apasionada ésta como el pueblo en que ella vive; entre nosotros, en Alemania, es más severa, más sensata y más cachazuda. ¿Tuvo un tiempo también la Naturaleza, como los hombres, más vida interior? La fuerza de inspiración de un Orfeo, dícese que pudo poner en movimiento á árboles y piedras al compás de sus ritmos más entusiastas. ¿Pudiera suceder ahora lo mismo? Hombres y Naturaleza se han hecho flemáticos y bostezan mutuamente al contemplarse. Un poeta real prusiano (1), jamás podría hacer bailar con los acentos de su lira á la montaña de Templo ó á los tilos de Berlín.

También la Naturaleza tiene su historia, y ésta es una historia natural muy diferente de la que se enseña en las escuelas. Se debería colocar en una de nuestras universidades á uno de esos lagartos grises que hace milla-

---

(1) Poeta laureado de la corte, como los hay también en Inglaterra.

res de años viven en las quebraduras de las rocas de los Apeninos, convertirle en todo un profesor extraordinario, y llegaríamos á oír cosas completamente extraordinarias. Pero el orgullo de algunos señores de la facultad de Derecho se sublevaría contra semejante promoción. Ya algunos de ellos tienen secretos celos del pobre perro sabio Fido, pues temen que les reemplace algún día en sus explicaciones académicas.

Los lagartos con sus expertas colitas y ojitos sutiles, me han referido cosas extrañas, cuando yo trepaba sólo de acá para allá por entre las rocas de los Apeninos. La verdad es que hay cosas entre cielo y tierra que no pueden comprenderlas, no sólo nuestros filósofos, sino ni aun las cabezas redondas más vulgares.

Me han contado los lagartos que es corriente entre las piedras la tradición, de que Dios quiso una vez convertirse en piedra, con objeto de salvarles de su endurecimiento. Pero un lagarto viejo pensaba que esta petrificación sólo tendrá lugar cuando ya Dios haya transmigrado á todas las especies animales y vegetales y les haya salvado.

Sólo algunas piedras tienen sensibilidad, y sólo respiran á la luz de la luna. Pero estas pocas piedras que sienten su existencia son horriblemente desgraciadas. Los árboles están mucho mejor en este punto, pueden llorar. Pero los animales están favorecidos en alto grado, porque pueden hablar cada uno á su manera, y los hombres de la mejor. Un día, cuando todo el mundo esté salvado, todas las demás criaturas podrán hablar tam-

bién como en los primitivos tiempos que cantan los poetas.

Los lagartos son una familia burlona y se divierten en engañar á los demás animales. Pero conmigo estuvieron bien humildes, suspiraban bien sinceramente, contándome historias de la Atlántida, que en breve he de escribir para provecho y edificación de las gentes. En tal intimidad intelectual estaba yo con los pequeños seres que conservan los anales secretos de la Naturaleza. ¿Son acaso familias sacerdotales encantadas, como las de los antiguos egipcios que habitaban también espiando á la Naturaleza en las laberínticas grutas de sus rocas? En sus cabecitas, cuerpecillos y colitas, brillan extraños símbolos como en los gorros jeroglíficos egipcios, y en los trajes de sus hierofantas.

Me enseñaron también mis amiguitos un lenguaje de signos por medio del cual llegué á hablar con la muda Naturaleza. Esto me aligeraba con frecuencia el alma, especialmente por la tarde cuando las montañas se ven ceñidas de tristes y dulces sombras, y suenan las cascadas, y todas las plantas exhalan sus aromas, y se encienden acá y allá relámpagos fugaces.

¡Oh Naturaleza, oh virgen muda, bien comprendo tus relámpagos, intentos frustrados de hablar que se encienden en tu hermoso semblante, y me conmueves tan profundamente, que me haces llorar! Pero entonces también me entiendes tú, te alegras y me sonríes con tus áureos ojos! ¡Hermosa virgen, yo entiendo á tus estrellas y tú entiendes mis lágrimas!

## CAPÍTULO II.

---

—Nada quiere ir hacia atrás en el mundo—me dijo el lagarto viejo—todo tiende hacia adelante, y al cabo se verificará un gran progreso en la Naturaleza. Las piedras se harán plantas, las plantas se harán animales, los animales se harán hombres y los hombres se harán dioses.

—Pero—exclamé yo:—¿qué va á ser entonces de esas buenas gentes, de esos pobres y viejos dioses?

—Eso se arreglará, querido amigo—contestó aquél—probablemente abdicarán ó serán jubilados de una manera honrosa.

Aprendí aún de mi filósofo naturalista de jeroglífica piel, muchos otros secretos; pero le di palabra de honor de no descubrir nada. No obstante, sé ahora más que Schelling y Hegel.

—¿Qué piensa usted de estos dos?—me preguntó el lagarto viejo con burlona sonrisa, así que hube pronunciado, dirigiéndome á él, estos nombres.

—Cuando se piensa—contesté—que son meramente hombres y no lagartos, tiene uno que admirarse mucho del saber de esta gente. En el fondo enseñan una misma filosofía, sólo divergen en la manera de exponerla. Cuan-

do Hegel expone los principios de su filosofía cree uno ver las lindas figuras con que un hábil maestro de escuela, por medio de una artística combinación, sabe formar toda clase de cifras, de modo que un espectador vulgar no ve absolutamente más que la superficie, las casitas, los barcos ó los soldados que forman los números, mientras que un escolar reflexivo ve más bien en la figura la solución de un profundo ejemplo de cálculo. Las exposiciones de Schelling se parecen más á esos cuadros indios de animales, que están compuestos de toda clase de seres, culebras, aves, elefantes y otros ingredientes vivos, entrelazados de la más extraña manera. Esta forma de exposición es mucho más agradable, más clara, más animada, todo vive en ella, mientras que las abstractas cifras de Hegel son tan oscuras tan glaciales que hacen que nos invada el frío de la muerte.

—¡Bien, bien!—replicó el viejo lagarto—veo que piensa usted; pero dígame, ¿esos filósofos tienen muchos oyentes?

Entonces le pinté cómo en las caravanas de sabios á Berlín, se reúnen los camellos en torno de la fuente de la sabiduría hegeliana, se arrodillan ante ella, se dejan cargar las preciosas ostras, y parten con ellas á través del arenoso desierto de la Marca (1). Pintéle después cómo los nuevos atenienses se estrechan en torno del manantial del espiritual brebaje de Schelling (2).

(1) De Brandenburgo.

(2) En Munich.

como si fuera la mejor cerveza, el *breihahn* de la vida, ó el elixir de la inmortalidad.

La amarilla envidia manchó la piel del pequeño filósofo naturalista, al oír que sus colegas eran tan visitados, y me preguntó, ya de mal humor:—¿A cuál de los dos tiene usted por más grande?

—No puedo decidirlo—contesté—como tampoco podría decidir si la Schechner es más grande artista que la Sonntag, y pienso.....

—¡Pienso!—exclamo el lagarto en tono breve y altanero, del más profundo menosprecio—¡pensar! ¿Quién de vosotros piensa? Mi sabio señor; hace tres mil años que estoy haciendo disquisiciones sobre el funcionalismo espiritual de los animales; he hecho principalmente objeto de mi estudio á hombres, monos y culebras, he consagrado tanta aplicación á estas extrañas criaturas, como Lyonnet á sus orugas de sauce, y como resultado de todas mis observaciones, experimentos y comparaciones anatómicas, puedo á usted asegurar determinadamente que ningún hombre piensa, que sólo de cuando en cuando se les ocurre alguna cosa, y á estas ocurrencias completamente involuntarias las llaman pensamientos, como á la coordinación de las mismas le llaman pensar. Pero en mi nombre puede usted repetir: ningún hombre piensa, ningún filósofo piensa, ni Schelling ni Hegel piensan, y por lo que toca á su filosofía, es tan aire vano y agua, como las nubes del cielo. Yo he visto innumerables nubes orgullosas y seguras de esta clase pasar sobre mi cabeza, y á la mañana próxima el sol las

ha disuelto en su nada primitiva. No hay más que una sola filosofía verdadera, y ésta está consignada en eternos jeroglíficos sobre mi propia cola.

Y el viejo lagarto, al decir estas palabras, que fueron pronunciadas con desdeñoso énfasis, me volvió la espalda, y como avanzaba coleando lentamente, vi los más admirables caracteres que se extendían en abigarrado simbolismo todo á lo largo de su apófisis caudal.

---

### CAPÍTULO III.

---

Tuvo lugar el diálogo que he referido en el capítulo anterior, en el camino que media entre los baños de Lucca y la ciudad de este nombre, no lejos del gran castaño cuyas extensas y verdes ramas sombreaban el arroyo, y en presencia de un viejo macho cabrío de larga barba blanca, que paseaba solitario por allí. Me dirigía á la ciudad de Lucca en busca de Francesca y Matilde, con quienes debí haberme reunido hacía ocho días, según conviniéramos de antemano. Pero en vano fué que llegara á ella el día prefijado, y ahora me había puesto por segunda vez en camino.

Marchaba á pie, á lo largo de las bellas montañas y los grupos de árboles en que brillaban las naranjas, cual divinas estrellas bajo su sombría verdura, y guirnaldas de vides extendían leguas y leguas sus festones, cual dispuestas para una festividad. Todo el país es allí un verdadero jardín, está tan adornado como entre nosotros las escenas campestres que se representan en el teatro; hasta los campesinos parecen á esos abigarrados personajes que nos regocijan cantando, riendo y bailando como en espaldera. Ninguna cara de filisteo, y si hay

aquí también filisteos, son filisteos italianos, naranjeros, y no toscos filisteos patateros alemanes. Hasta las gentes son pintorescas é ideales como el país, y cada hombre lleva en su rostro una expresión individual, y sabe en su actitud, en el modo de llevar la capa, y en caso necesario, en el manejo del cuchillo, hacer valer su personalidad; al contrario que entre nosotros, donde sólo se ven en el campo hombres de fisonomías vulgares y uniformes; cuando se reúnen doce, forman una docena, y si uno los ataca entonces, llaman á la policía.

Me chocó que en Lucca, como en la mayor parte de Toscana, las mujeres llevaban grandes sombreros de fieltro negro, del que pendían negras plumas de avestruz; hasta las tejedoras de paja llevaban el mismo pesado sombrero. Los hombres, al contrario, en su mayor parte, llevaban un ligerísimo sombrero de paja, que los jóvenes recibían como presente de una muchacha que, al tejerle, tejía en él sus amorosos pensamientos y acaso algunos supiros. Así se sentaba un día Francesca entre las doncellas y las flores del valle del Arno, y tejía un sombrero para su *caro Cecco*, besaba cada brizna de paja al tomarla, y cantaba sus lindos *occhi, stelle mortale*. Mas la rizosa cabeza, que llevó el lindo sombrero tan gallardamente, ahora está tonsurada, y el sombrero, usado y viejo, colgado en un rincón de una triste celda de abate, en Bolonia.

Yo pertenezco á esas gentes que prefieren siempre tomar el atajo á seguir por la carretera, y á las que suele suceder que se extravíen por estrechos desfiladeros

entre árboles y rocas. Esto me sucedió aquí, y empleé de seguro en mi viaje á Lucca doble tiempo del que emplea el vulgo de los mortales siguiendo el camino real. Un gorrión (1), á quien pregunté si iba bien, silbó y charló sin poderme dar respuesta alguna precisa. Acaso no lo sabía él mismo. No pude sacar tampoco una palabra á las mariposas y libelas que estaban posadas sobre grandes campanillas, pues se echaron á volar antes de enterarse de mi pregunta, y las flores movieron sus acompasadas cabezas sin producir sonido. Muchas veces me llamaban los mirtos (2) silvestres, que se burlaban á lo lejos con sus tenues voceillas. Me encaramé entonces apresuradamente á los más altos picachos de las rocas, y exclamé: ¡oh nubes del cielo, pilotos del aire! decidme, ¿por dónde va el camino que conduce hasta Francesca? ¿Está en Lucca? Decidme lo que hace. ¿Está bailando? ¡Decidmelo todo, y cuando todo me lo hayáis dicho, volvedmelo á decir!

Á tal flujo de tonterías bien podía suceder que un águila grave, á quien mi exclamación había perturbado en sus solitarios ensueños, me mirase con despreciativo malhumor. Pero se lo perdono de buena gana, pues jamás vió á Francesca, y por eso podía seguir posada de un modo tan altanero sobre su firme roca, y con alma tranquila contemplar el cielo, ó mirarme con tan impertinente calma.

(1) La versión francesa dice *estornino*, pero el original *Sperling*.

(2) *Myrten* dice el original.

Cuando un águila le mira á uno de un modo tan insoportablemente orgulloso, es como si le dijera: ¿Qué especie de pajarraco eres tú? Bien sabes que soy siempre un monarca, lo mismo que en aquellos tiempos heroicos en que llevaba el rayo de Júpiter, y adornaba las banderas de Napoleón. ¿Quizá eres un instruido papagayo que ha aprendido de memoria las antiguas canciones, y las repite pedantescamente? ¿O bien una tórtola regañona de hermosos sentimientos y detestable orgullo? ¿O eres un ruiseñor de almanaque, ó un ganso degenerado, cuyos mayores salvaron el Capitolio, ó bien un servil gallo doméstico, á quien por ironía han puesto al cuello el emblema del atrevido vuelo, es decir, mi retrato en miniatura, y que se pavonea por esto como si fuera una verdadera águila?

Tú sabes, querido lector, cuán poca razón tengo para sentirme herido porque mi águila pensara de mí tales cosas; mas creo que la mirada que le dirigi fué aún más orgullosa que la suya, y como pidió informes al primer laurel que halló á su paso, ya sabe ahora quién soy yo.

Realmente me había extraviado en la montaña cuando ya se adelantaba el crepúsculo, las confusas canciones del bosque se extinguían por doquiera, y los árboles murmuraban cada vez con más seriedad. Un misterio sublime, una solemnidad íntima se esparcía como el soplo de Dios á través de tan religiosa calma. Acá y allá, en el suelo, brillaba un hermoso ojo sombrío que me miraba y desaparecía al momento. Tiernos susurros jugueteaban en torno de mi corazón, é invisibles besos

rozaban aéreos mis mejillas. La roja luz de la tarde envolvía las montañas como un manto de púrpura, los postreros rayos del sol iluminaban sus cumbres, sembrando reyes cuyas cabezas ciñeran áureas coronas, y yo estaba en pie, como un emperador del mundo, en medio de estos vasallos coronados que me rendían silencioso homenaje.

UNIVERSIDAD DE MONTE-  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

#### CAPÍTULO IV.

---

Yo no sé si el monje que me encontré no lejos de Lucca es un hombre piadoso; pero sé que su envejecido cuerpo está todo el año miserable y desnudo (1), encerrado en un tosco sayal. Las destrozadas sandalias no pueden proteger bastante sus desnudos pies, cuando trepa por entre espinas y malezas á las rocas, para subir á las aldeas de la montaña á consolar á los enfermos, á enseñar á orar á los niños (2). Y queda satisfecho cuando, en recompensa, se pone en su saquillo un pedacito de pan, y se le da un poco de paja sobre qué dormir.

—No quiero escribir contra este hombre, me dije á mi mismo. Y cuando de vuelta en Alemania, me hallaba en mi casa sentado en mi sillón de brazos, junto á la bien encendida chimenea, caliente y bien alimentado, teniendo á mi alcance una agradable taza de té, y escribía contra los sacerdotes católicos, volví á decirme: No escribiré contra ese hombre.

Para escribir contra los sacerdotes católicos es preciso conocer sus semblantes; pero los semblantes origi-

---

(1) La versión francesa: *sin camisa*.

(2) La versión francesa: *A enseñar á los niños el Ave María*.

nales sólo se ven en Italia. Los curas y monjes católicos alemanes no son más que malas imitaciones, muchas veces hasta parodias de los italianos; y la comparación de unos con otros haría el mismo efecto que si se quisieran comparar los cuadros religiosos romanos ó florentinos con esos piadosos mamarrachos, á modo de langostas, que deben su triste existencia quizá al vulgarísimo pincel de un pintor del Ayuntamiento de Nuremberg, ó á la amable simplicidad de algún sentimental discípulo de la melenuda y cristiana escuela neoalemana.

En Italia hace tiempo ya que los sacerdotes han transigido con la opinión pública, y el pueblo hace mucho que está acostumbrado á distinguir la dignidad eclesiástica, de la persona indigna, á venerar á aquélla, aun cuando ésta sea despreciable. Precisamente el contraste que por necesidad forman los deberes ideales y las exigencias del estado eclesiástico con las ineludibles necesidades de la sensual naturaleza, ese primitivo y eterno conflicto que existe entre el espíritu y la materia, hace á los sacerdotes italianos perpetuos caracteres explotados por el humorismo popular en sátiras, cantares y novelas. Fenómenos análogos se nos ofrecen doquiera existe un análogo estado, como, por ejemplo, en el Indostán.

En las comedias de esta tierra antiquísimamente piadosa, según hemos observado en el *Sacántala*, y hallamos confirmado en el *Vasantasena*, últimamente traducido, siempre hay un Brahman, que es, por decirlo así, el *gracioso sacerdote*, sin que por esto se dirija el menor ataque al respeto que se debe á sus funciones de sacri-

ficador y á su santidad privilegiada; como tampoco en Italia se oye con menos devoción la misa ó se confiesa con un sacerdote á quien el día antes se ha encontrado uno ebrio y tirado en medio de la calle.

En Alemania ya es otra cosa, el sacerdote católico quiere representar, no solamente su dignidad mediante su ministerio, sino también su ministerio mediante su persona; y porque acaso al principio tomó su vocación completamente en serio, y después, aun cuando sus votos de castidad y de humildad pugnaron algo con el viejo Adán, no obstante, no quiere violarlos públicamente, sobre todo por no dar motivo alguno de censura á nuestro amigo Krug de Leipzig, y procura al menos conservar la apariencia de una santa conducta. De aquí la afectada santidad, la hipocresía y la falsa piedad de los curas alemanes, mientras en los italianos, al contrario, la máscara es mucho más transparente, hay en ellos cierta bien cebada ironía y una agradable digestión del mundo.

Mas ¿de qué sirven estas reflexiones generales! De poco pueden servirte, querido lector, si acaso tienes el capricho de escribir contra el clero católico. Si tal cosa te propones, necesitas, como digo, ver por tus propios ojos las caras de sus individuos. No basta, en verdad, haberles visto en el teatro Real de la Opera en Berlín. El Intendente general anterior es cierto que hizo cuanto pudo para presentar el cortejo de la coronación de la *Doncella de Orleans* (1) con la mayor fidelidad, y para

(1) *Jungfran von Orleans*, drama de Schiller.

realizar á la vista de sus compatriotas la idea de una procesión con sus sacerdotes de todos colores. Pero el traje más fiel no puede sustituir á los rostros originales, y se malgastaron más de 100.000 thalers en mitras de obispos, sobrepellices festoneadas, casullas de bordados multicolores y otros análogos adminículos, pues las narices razonablemente protestantes, que, en son de protesta, aparecían bajo aquellas mitras, las delgadas y filosófico-creyentes piernas que, bajo los blancos picos de las albas, se asomaban, los esclarecidos abdómenes, que abultaban aquellos ternos, todo nos hacía recordar que no eran clérigos católicos, sino seglares berlineses los que desfilaban por la escena.

He reflexionado muchas veces si el Intendente general no hubiera podido presentar mucho mejor y con más fidelidad á la vista el cuadro de una procesión, no dando los papeles de sacerdotes católicos á los comparsas ordinarios, sino habiéndolos confiado á esos eclesiásticos protestantes, que en la facultad de Teología, en la *Gaceta de la Iglesia* y en el púlpito, saben predicar del modo más ortodoxo, contra la razón, los placeres del mundo, Gesenio y el dominio del diablo. Se verían aparecer entonces rostros cuyo sello eclesiástico seguramente produciría más ilusión en dichos papeles.

Es una observación ya conocida que los sacerdotes de todo el mundo, rabinos, muftis, dominicanos, consejeros consistoriales, papas, bonzos, en fin, todo el cuerpo diplomático de Dios, tienen en su rostro cierto aire de familia, que se encuentra siempre en las personas que

ejercen la misma profesión. Los sastres se distinguen en todo el mundo por la delicadeza de sus miembros; los carniceros y los soldados tienen por doquiera el mismo aspecto feroz; los judíos tienen su honrada (1) fisonomía característica, no por descender de Abrahan, Isaac y Jacob, sino por ser comerciantes, y el comerciante cristiano de Francfort se parece al comerciante judío de la misma ciudad como un huevo podrido se parece á otro. Los comerciantes espirituales que ganan su sustento con los negocios religiosos adquieren también por lo mismo cierto parecido fisiognómico; pero el modo y forma de llevar á cabo sus negocios origina en aquél algunos matices.

El sacerdote católico se parece más á un comisionista de un gran comercio; la Iglesia, la gran casa cuyo jefe es el Papa, le designa ocupación determinada y le asigna por tanto un determinado salario; él trabaja á sus anchas, como quien no trabaja por cuenta propia (2), tiene muchos colegas y nadie se fija en él, á causa del gran movimiento de los negocios; solamente toma á pechos el sostener el crédito de la casa, ó más bien su provecho, porque en caso de bancarrota perdería su subsistencia. El sacerdote (3) protestante, al contrario, él mismo es en todas partes principal, y lleva por cuenta

(1) La versión francesa dice: *calculadora*, pero el texto *chrliche*.

(2) En la versión francesa falta este inciso.

(3) En la versión francesa *El gazmoño (cafard)*, pero en el texto *Pfaffe*.

propia los negocios religiosos; pero no comercia en grande como su colega católico, sino solamente al por menor, y como él solo ha de atender á todo, no puede descuidarse, y tiene que ponderar la calidad de sus artículos de fe, desacreditar los de sus concurrentes, y como verdadero traficante á la menuda, estarse en su tienda, lleno de celos industriales contra toda gran casa, y sobre todo con la gran casa de Roma, que paga muchos miles de tenedores de libros y embaladores, y tiene factorías en todas las partes del mundo.

Todo esto influye, sin duda, en sus fisonomías, pero estas influencias no son visibles desde el parterre, pues el aire de familia que tienen los rostros de sacerdotes católicos y protestantes sigue invariable, pero sólo en sus principales rasgos; y si el Intendente general paga bien á los precitados señores, representarán, como siempre, sus papeles á maravilla. Hasta su andar contribuirá á aumentar la ilusión; aunque un ojo práctico nota bien que se distinguen igualmente por pequeñísimas diferencias en el andar, los sacerdotes y los monjes católicos.

Un cura católico viene hacia uno como si el cielo le perteneciera; uno protestante anda dando vueltas como si se le llevara bajo el brazo (1).

(1) *Wenn er..... gepachtet habe* (como si le hubiera empaquetado).

## CAPÍTULO V.

Ya era de noche cuando llegué á la ciudad de Lucca. ¡Cuán completamente otra me pareció la semana antes! ¡Cuando recorrí en pleno día sus calles desiertas y resonantes, haciéndome creer que había sido transportado á una de esas ciudades malditas, de las que mi nodriza me refería tantas cosas en otro tiempo! Entonces estaba toda la ciudad silenciosa como una tumba, todo estaba pálido y muerto; sobre los tejados jugaba la luz del sol semejando pajitas de oro sobre la cabeza de un cadáver; acá y allá pendían de las ventanas de una casa vieja y ruinosa algunas ramas de hiedra cual verdes lágrimas desecadas; por doquiera ennegrecidas ruinas y medrosa y paralizada muerte; no parecía la ciudad más que un espectro de ciudad, un duende de piedra á la clara luz del día.

En vano busqué allí largo tiempo la huella de un ser viviente. Sólo recuerdo que á la puerta de un viejo palacio dormía un mendigo con su mano extendida y abierta. También recuerdo que arriba, á la ventana de una casita negruzca y fragil, vi un monje cuyo enrojecido cuello y piel grasosa y brillante, se destacaba

de su obscuro sayal, y á su lado una mujer de abultado seno y harto ligera de ropa; abajo, por la puerta entreabierta vi penetrar á un jovencillo que vestía negro traje de abate con ambas manos sosteniendo una poderosa y ventruda botella de vino. En el mismo momento se oyó, no muy lejos, el fino é irónico sonido de un esquiloncillo, y retozaron en mi pensamiento las novelas de Boccaccio. Pero no pudieron éstas en modo alguno disipar el terror extraño que invadió mi alma. Me sentí quizá más poderosamente impresionado, porque el sol arrojaba mucha luz y calor sobre los misteriosos edificios, y observé perfectamente que aun son los espectros más medrosos cuando arrojando el negro manto de la noche, se dejan ver á la clara luz del mediodía.

Cuando ahora, á los ocho días volví á Lucca, ¡qué admirado quedé ante el cambio de aspecto de la ciudad! ¡Qué es esto? exclamé al deslumbrar las luces mis ojos y ver que las calles estaban inundadas por inmenso gentío. ¡Es todo un pueblo que cual nocturno fantasma se levanta de la tumba, para imitar la vida en su más loca mascarada? Las altas y sombrías casas están adornadas con lámparas, por doquiera cuelgan de las ventanas pintados tapices que casi cubren los muros grises y resquebrajados, y, por encima de ellos, se adelantan lindos rostros de muchachas, tan frescos, tan lozanos, que hube de notar que aquello era la vida misma, que celebraba sus bodas con la muerte y había invitado á ellas á la belleza y la juventud. En efecto, era una viva fiesta de la muerte—no sé cómo en el calendario se la llama;—en

todo caso debía ser el aniversario de algún paciente mártir, pues vi á poco venir una santa calavera y algunos huesos además, adornados con flores y piedras preciosas, y conducidos al compás de música nupcial. Era una bella procesión.

Iban á la cabeza los capuchinos, que se distinguían de los demás monjes por su larga barba, siendo al mismo tiempo como los zapadores de aquel ejército de la fe. Seguían después capuchinos sin barba, entre los que se veían muchos semblantes nobles y varoniles, hasta algunos juveniles y bellos, á quienes estaba muy bien la tonsura, porque la cabeza parecía como ceñida por elegante corona de cabellos, y salía con gracia el desnudo cuello del sombrío sayal. Venían después hábitos de otros colores, negros, blancos, amarillos, multicolores, sombreros de tres picos rebajados, en fin, todos aquellos hábitos monacales, que, gracias á los esfuerzos de nuestro Intendente general, hace tiempo no son conocidos.

Detrás de las órdenes monásticas venía el clero, propiamente dicho, con blancas sobrepellices sobre calzones negros y solideos de color; tras ellos venían eclesiásticos de más alta jerarquía envueltos en sotanas de seda de colores, llevando en la cabeza una especie de gorro elevado, que probablemente descendía de los egipcios, y que aun podemos ver en las obras de Denon, en la *Flauta encantada* y en *Belzoni* (1); tenían cara de largos años de servicio, y parecían representar una especie

(1) En su viaje.

de guardia veterana. Venía, por último, el verdadero estado mayor, el palio, y bajo él un anciano con su elevada mitra envuelto en una capa aún más ostentosa, cuya cola, dividida en dos, era llevada por dos ancianos, ambos vestidos á manera de pajes.

Los monjes que iban á la cabeza, marchaban serios y silenciosos, con los brazos cruzados; pero los de los bonetes altos cantaban una desdichada salmodia tan nasal, tan arrastrada, tan mugiente, que convencido estoy de que á ser judíos los que formaban la muchedumbre, y su fe religión de Estado, se hubiera designado dicha salmodia con el nombre de *mauscheln* (1). Por fortuna no se podía oír más que á medias, pues detrás de la procesión venían algunas compañías militares con pitos y cajas vivas, como también á ambos lados de los clérigos marchaban granaderos de dos en dos. Había casi más soldados que eclesiásticos; pero para proteger la religión se necesitan hoy muchas bayonetas, y hasta cuando se da la bendición, deben tronar á lo lejos los cañones de un modo harto significativo.

Cuando veo una procesión así, en que van los sacerdotes tan triste y desoladamente acompañados de una fiera escolta militar, me afecto siempre dolorosamente, y me parece ver á nuestro propio Salvador conducido al

(1) En la versión francesa se ha suprimido, desde, *convencido estoy*, hasta fin del punto. *Mauscheln* es un verbo formado sobre *Mauschel*, nombre con que se denomina vulgarmente á los judíos en Alemania, y que parece formarse de *Mausche*, diminutivos de *Maus* (*lat., mus*) ratón.

suplicio rodeado de lanzas. Las estrellas de Lucca pensaban seguramente como yo, pues cuando elevaba suspirando mi vista hacia ellas, me miraban con sus piadosos ojos tan brillantes y claros. Pero no se necesitaba de su luz; millares y millares de lámparas, cirios y rostros de muchachas llameaban desde todas las ventanas, en los ángulos de las calles se habían colocado hachas de viento encendidas, y además cada clérigo llevaba á su lado su portacirio.

Los capuchinos tenían, en su mayor parte, muchachos que les llevaban el cirio, y cuyas frescas y juveniles caritas contemplaban á veces con plácida curiosidad sus envejecidas y severas barbas; que un pobre capuchino no puede pagar un portacirio de cierta edad, y el muchacho á quien enseña el *Ave María* ó á cuya tía confiesa, debe desempeñar este oficio gratis en las procesiones; no obstante, seguro es que no le desempeña con menos gusto. Los siguientes monjes no llevaban muchachos mucho mayores; pero algunas órdenes más distinguidas los tenían más crecidos, y los sacerdotes del bonete alto llevaban de portacirios verdaderos ciudadanos. Por último, el señor Arzobispo.... que este era el hombre que con altiva humildad iba bajo el palio, y se hacía llevar la cola de su manto por los encanecidos pajes....., éste tenía á cada lado un lacayo, ambos con libreas azules cubiertas de galones amarillos, que llevaban los cirios blancos tan gallarda y ceremoniosamente, como si hubieran servido en la corte.

Después de todo, aquella ostentación de cirios me pa-

reció una buena disposición, pues así pude ver más claramente los rostros propios del catolicismo, y seguramente á la mejor luz. ¿Y qué vi, pues? Primero, que no se echaba de menos en parte alguna el sello clerical; pero á parte de esto, los rostros diferían entre sí como los rostros de los demás. El uno era pálido, el otro rubicundo; esta nariz se elevaba orgullosa, aquella se humillaba; aquí centelleaba un ojo negro, allí brillaba uno gris.....; pero en todos estos semblantes se veían las huellas de la misma enfermedad, de una terrible é incurable enfermedad, que quizá sea causa de que mi nieto, cuando dentro de cien años venga á ver la procesión de Lucca, no vuelva ya á encontrar uno sólo de dichos semblantes.

Temo estar yo mismo atacado de dicha enfermedad, y consecuencia de ello es ese enternecimiento tan extraño que me asalta al contemplar una cara consumida de monje, pues reconozco en ella los síntomas de esas enfermedades que se ocultan bajo el hábito: amor enfermizo, gota, ambición no satisfecha, consunción, arrepentimiento, hemorroides, heridas del corazón causadas por la ingratitud de los amigos, la calumnia de los enemigos y nuestras propias culpas; todo esto y mucho más, que con igual facilidad se encuentra bajo un tosco sayal que bajo un elegante traje de moda. ¡Oh, no es una exageración la del poeta cuando exclama en su dolor: ¡La vida es una enfermedad, todo el mundo un lazareto!

«¡Y la muerte es nuestro médico!»—¡Ah! no voy á

hablar mal de él, ni á perturbar la confianza de otros; puesto que es el único médico, creamos siempre que es el mejor, y que el único remedio que aplica, su eterno tratamiento por la tierra, es también el mejor. Al menos puede decirse en elogio suyo, que siempre le tenemos á mano, y, á pesar de su gran clientela, jamás se hace esperar mucho tiempo cuando se le llama. A veces sigue al enfermo hasta á la procesión y le lleva el cirio.

De seguro que era la muerte en persona la que vi al lado de un pálido y acuitado sacerdote; en sus demacradas, temblorosas y huesudas manos llevaba el cirio, cuya luz hacía vacilar; le saludaba, tranquilizándole benévolamente con su cabecita completamente calva, y por más que apenas podía sostenerse sobre sus piernas, todavía ayudaba á veces al pobre clérigo, que á cada paso que daba se ponía más pálido y estaba á punto de desvanecerse. Mas aquél parecía decirle interiormente:—Aguarda todavía algunas horas. Cuando estemos en casa, apague el cirio, te recline en el lecho, y las frías y cansadas piernas puedan descansar, te dormirás tan profundamente que no oirás el triste doblar de las campanas de San Miguel.

No quiero escribir contra aquel hombre, pensaba yo, al ver al pobre y pálido sacerdote que la muerte en persona alumbraba hasta su lecho.

¡Ah, realmente no se debía escribir en este mundo contra nadie! Cada uno de nosotros está suficientemente enfermo en este gran hospital, y muchas lecturas polémicas me recuerdan sin quererlo una repugnante riña

de que fui casualmente testigo en un pequeño hospital de Krakau (1), donde era horrible escuchar cómo se echaban mutuamente en cara los enfermos, en son de burla, sus propias enfermedades; cómo el tísico, que moría por consunción, se burlaba del hinchado hidrópico; cómo uno se reía del pólipa de otro, y éste á su vez de la luxación de la mandíbula inferior y de la oftalmía de sus vecinos, hasta que al fin, los exaltados por la fiebre saltaron desnudos del lecho, arrancaron á los otros enfermos sábanas y mantas de sus lastimados cuerpos, y no se vieron más que horribles miserias y mutilaciones (2).

(1) En la versión francesa, *de Berlín*.

(2) En la versión francesa, *espectáculo horrible, no se vió entonces más que úlceras purulentas, innobles mutilaciones, y todas las plagas del pobre (hombre) Lázaro*.

## CAPÍTULO VI.

.....  
 Aquél escancia al resto de los dioses,  
 Por la derecha, el néctar de honda urna;  
 Alzan los dioses risa interminable  
 Viendo á Vulcano que al servir se apura;  
 El día entero, hasta que el sol declina  
 Se prolonga el festín, do todo abunda;  
 Busca Apolo en su lira dulces notas,  
 Y su canto divino alzan las Musas.

VULGATA (1).

Cuando de pronto entra jadeante un pálido y ensangrentado judío, coronado de espinas y con una gran cruz de madera al hombro; arroja la cruz sobre la espléndida mesa de los dioses; tiemblan las copas de oro

(1) La versión francesa, dice: *Iliada*, y en efecto, los versos citados son de dicho poema de Homero, canto I, al fin. La traducción francesa, aunque en prosa, es muy libre. Los versos citados, de una alemana, en el texto, más fieles, son ocho pretendidos exámetros alemanes, que trasladan otros tantos griegos.

Pensé al pronto poner en esta versión castellana, los correspondientes de la traducción de Hermosilla, pero me encontré con que en ella constaba el trozo de doble número de versos libres, que no producían el efecto de rápido contraste que deben producir con el principio del capítulo, y me decidí á traducir el trozo en ocho endecasílabos, sin perder idea alguna del original griego, pero con más concisión y rapidez. El poner Vulgata por Iliada tiene su intención humorística.